

Entrevista con Amaya Belacortu, autora de *Quémame entre hojas secas*

Christabel

El curso Vaughan de inglés incluye 200 capítulos que emite Televisión Española.

En ellos, interviene Michelle, que hace de secretaria.

Otras mujeres están representadas con estos arquetipos: señora de la limpieza, pija que se pirra por los zapatos de tacón, encargada mandona...

Las mujeres interpretan los papeles habituales que les han sido asignados durante siglos.

Se sale de este esquema rancio, prehistórico y cerril la periodista Amaya Belacortu

(Aranda de Duero, 1974).

No solo sabe inglés (*I've seen the future, baby*), sino que también se ha visto aguijoneada por la ficción: egresada de l'Escola d'Esriptura, en el Ateneu Barcelonès, sus dedos han tecleado una novela de dobles oportunidades, con un camino sin retorno y mucha ambición. Amaya ha publicado *Quémame entre hojas secas* (Ediciones Carena, 2018).

La mujer que se ata a lo más alto de la fortuna, esa es Amaya. No pide permiso. Sube a los andamios. Como el tifón Mangkhut, desplaza los coches, los prototipos y las arcaicas civilizaciones. Es un fuerte viento. Es una marejada. Es un frío con el que uno se siente a gusto.

Así es Amaya.

«Y yo no soy una feminista activista, y no suelo ir a ninguna manifestación aunque esté a favor de sus demandas. Pero si hay algo que me cabrea del machismo que nos rodea es que nos tomen por tontas. Sí, que en un caso judicial la mujer se supedite al marido y diga: “Yo no sabía nada”», lanza, en referencia a las frases que la infanta Cristina de Borbón declaró en el caso Nóos y que le ayudaron a que el juez la absolviera. Frases del tipo: «Nunca he sabido cuáles eran los ingresos y los gastos de Aizoon [sociedad patrimonial por la que ha sido condenado Iñaki Urdangarín, cuñado del actual rey de España, Felipe VI]» y «No trabajé para Aizoon, no sabía cómo iba la sociedad y yo nunca pregunté por ello» y «Yo no tengo especiales conocimientos contables ni fiscales».

Si hay algo que también deteste Amaya además de la insensatez (diferente a la falta de moral, que por supuesto no tiene que ver nada con la ética: uno puede ser un tragaldabas faldero y ser fiel a la palabra dada, tocando con los pies en el suelo), es la falta de igualdad: «Por hacer el mismo trabajo que los hombres las mujeres cobran menos, eso me ha pasado en multitud de ocasiones, y no es justo».

Su suegra le repite: «La única independencia que vale es la económica».

Sin ser sufragista, tiene un parecido notable a Christabel Pankhurst (*The Great Scourge and How to End It*), la hija de Emmeline Pankhurst (*My Own Story*), fundadora de la Women's Social and Political Union que traía de cabeza a los bobbies, los lores y los maridos. En el parecido se cuenta el brillo de los ojos, que lucen con una camisa de estampados vuelos, de marrones y trazos étnicos, a juego con una sonrisa de perlas.

«La mujer ha dado muchos pasos, y aún ha de dar más. Y todo se conseguirá cuando haya una mujer presidenta del Gobierno», vaticina. Y en el *todo* se apelmazan estos futuros logros: más mujeres en puestos de dirección, más mujeres en consejos de administración, más mujeres en empresas del Ibex...

En sustancia: «Que la mujer pueda decidir por sí misma».

Amaya tiene dos dedos de frente, va siempre de cara y no soporta la mentira, aunque le fascina la hipocresía, algo que la tiene embelesada y que le proporciona suficiente material para elaborar la trama de su segundo libro, en cocina.

«Trata sobre una mujer que, con los años, descubre que es adoptada», reseña.

Primeros pasos

La primera entrevista que realizó Amaya fue al cocinero Karlos Arguiñano (*Como en casa. Recetas para triunfar cocinando*), en una asignatura de la carrera de periodismo en la Universidad del País Vasco. Pregunta este reportero, incrédulo: «¿Lo trajiste a clase?». Respuesta de alumna aplicada: «Vamos que sí, tú verás». Tan segura estaba que sacó matrícula de honor.

A partir de ahí, se enfrascó en la radio (Onda Cero) para luego probar con la televisión (junto a la veterana Rosa María Mateo, en Antena 3 Televisión) y quedarse más tarde con los gabinetes de comunicación. La acaba de fichar la compañía farmacéutica Almirall (*«Feel the science»*).

La primera vez que tuvo que ir a cubrir sola un acontecimiento fue con la riada del camping de Biescas (Aragón), el 7 de agosto de 1996, en la que murieron 87 personas. Pero ahora se encuentra en el otro bando de la comunicación, el de la información corporativa: «Aun así, saber cómo funcionan los medios me ha servido para hacer bien mi trabajo en el mundo del marketing: qué es una escaleta, un montaje, una apertura... No existe la intensidad de la noticia, este es otro aprendizaje».

Organizada. Seria. Firme.

Convincente. Arriesgada. Valerosa.

En su currículum de mujer, la periodista y escritora Amaya Belacortu no añade adjetivos. Sabe quién es y es consciente de la sociedad «mercantilizada» que denigra las humanidades. De su cabeza de algodón emerge de vez en cuando un periscopio con el que, mediante un sistema de espejos contrapuestos, observa a los demás.

Estudia su entorno.

Toma notas.

Fiel al oficio de escribir.

Jesús Martínez